

De Perón al golpe del 76

Habiendo sido candidato de las mayorías nacionales y electo presidente el 23 de septiembre de 1973, el 1º de mayo de 1974 Perón concurre como presidente de los argentinos a inaugurar el período de sesiones del Congreso Nacional. Allí propone el *“Modelo Argentino para el Proyecto Nacional”*.

En sus reflexiones sobre *“Las luchas sociales en la década del 70”*, Horacio E. Paccazochi sostiene que en el *“Modelo Argentino”*, Perón *“ratifica las posiciones centrales del programa del ‘45. En economía, el redimensionamiento del crédito hacia la producción nacional y la creación de un fuerte mercado interno. Abogaba por la independencia tecnológica como condición indispensable para la liberación nacional. Planteaba conceptos modernos para la época, como la preservación del medio ambiente, dándole a la ecología un lugar importante en un programa de gobierno. Reafirmaba que el destino nacional estaba indisolublemente ligado al de nuestros hermanos de Latinoamérica. Y hacía hincapié, en base a la dolorosa experiencia del ‘55, en la unidad nacional, sin la cual los argentinos no podríamos alcanzar los objetivos propuestos”*. Dos meses después, Perón moría.

A pesar de la debilidad política en la que quedó el gobierno de Isabel Martínez de Perón, un año después de la muerte de su esposo, según la *Organización Internacional del Trabajo* (OIT), en 1975, el salario real sobre una base de 100, había subido a 124 después de las Paritarias de julio y de la homologación por parte de la presidenta de los Convenios Colectivos de Trabajo. En 1976, en cambio, en un solo año caería bruscamente a 79, el nivel más bajo desde los años 30.

En efecto, antes del 24 de marzo de 1976, y a pesar de la crisis política -como viene sucediendo cada vez que hay un gobierno nacional y popular-, la Argentina se encontraba entre los primeros países del mundo en cuanto al nivel de ingresos, y contaba con la tasa de desocupación más baja de su historia. Entre las medidas más importantes del gobierno popular después de la muerte de Perón se podía contabilizar, entre otras muchas, la nacionalización de las bocas de expendio de combustible (que le quitaba el negocio y la manipulación del precio de la nafta a las empresas extranjeras), la continuidad de la Ley de Abastecimiento y de Compre nacional, la

ley de Contrato de Trabajo y la estatización de los canales de televisión (sumamente necesaria, junto a la existencia de una *Agencia de Noticias Nacional* para defender el interés argentino y preservar la identidad y la conciencia nacional). Aunque debió soportar el agio y la especulación por parte de las grandes empresas, y la prédica opositora constante de los grandes diarios, sin olvidar el caos generado por el accionar terrorista y de los grupos guerrilleros. Las expresiones contrapuestas de la presidenta Isabel Perón y del jefe montonero, unas antes del golpe, y las otras después del 24 de marzo, dan cuenta de las respectivas responsabilidades y de la *verdad histórica* en aquella hora tremenda.

“Vea doctor -le contesta Isabel Perón a su ministro de Defensa, que le sugiere renunciar ante el golpe en marcha- yo no renuncio ni aunque me fusilen. Porque renunciar sería convalidar lo que va a venir después”. Contrastan estas palabras con la de quien había pasado a la clandestinidad para combatir al gobierno popular después de la muerte de Perón y llevó a un sector de la juventud a la derrota y a la muerte (30 mil desaparecidos), aunque el que más sufriera las consecuencias de aquel funesto golpe fuera el movimiento obrero y los 27 millones de argentinos: *“No hicimos nada para impedirlo -diría con alto cinismo y desparpajo el jefe montonero- porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista”*...

Acaso ¿pesaba más la lucha interna que la Patria y que los propios argentinos? Una y otra declaración ubican a cada cual, objetivamente y sin ideologismos, en el lugar que deben tener en la historia.

Una vez producido el golpe nefasto de la oligarquía y los tres comandantes, solo el FIP de Jorge Abelardo Ramos se atrevió a pedir por la liberación de la presidenta Isabel Perón -máxima representante de la soberanía popular confiscada- y del máximo dirigente sindical Lorenzo Miguel, ambos presos como símbolos del peronismo y del movimiento obrero argentino, en ese momento crucial de nuestra historia. Sea como sea, como lo sabíamos antes de que ocurriera, el golpe de marzo de 1976 que destituyó a Isabel Perón, era y fue *“la versión aumentada de la libertadora del ‘55”*.

Por eso la necesidad que había de defender políticamente el gobierno popular y evitar que cayera. Recuerdo y doy fe de ello, que algunos sectores del campo nacional lo intentamos (yo tenía exactamente 22 años), pero el apoyo al golpe oligárquico de políticos, empresarios, militares y de militantes juveniles obnubilados con la lucha armada, fue más fuerte que la defensa del gobierno popular, nacional y democrático en su hora más difícil, atacado por *derecha* y por *izquierda*. También doy fe de ello, porque yo también *estaba allí* aquella mañana del 24 de marzo de 1976... huérfano y desolado... como si Perón hubiera muerto por segunda vez.

Si Perón había vuelto definitivamente a la Patria, su desaparición física dejó al movimiento nacional en una debilidad muy grande. Todavía el pueblo argentino no ha logrado recuperarse de ello y encontrar una síntesis definitiva que lo ponga definitivamente a la ofensiva, de cara a sus raíces y en el camino de su definitiva realización en un país y un continente igualmente realizados.

Reflexiones finales

Se nos plantea esta reflexión: si en 1955 el Gral. Perón debió haber apelado al Ejército y a los Trabajadores -sus aliados naturales- para defender aquella *revolución nacional* y contrarrestar el accionar ilegal, arbitrario y violento de los *enemigos de la Patria* (como Perón los catalogara en una suerte de autocrítica difundida en 1968)-, en 1976 Isabel Perón debió haber convocado al pueblo argentino y al Movimiento Obrero Organizado en particular para defender aquel gobierno nacional y popular antes de sucumbir.

¿O acaso la *democracia* que hoy día tanto se defiende, no debió ser defendida con uñas y dientes ante la arremetida oligárquica de aquellos años, para no sufrir la dictadura posterior y semejante retroceso al que es expuesto hoy el pueblo argentino después de cuarenta años de una nueva democracia...? ¿Había que estar en contra de ese gobierno o apoyarlo y defenderlo a cualquier precio? Lo sucedido posteriormente, hasta llegar a los actuales días nefastos, permiten obtener una respuesta contundente sobre ello.

Entonces, para conocer qué nos llevó a ese nefasto 24 de marzo de 1976, resulta imprescindible preguntarse, ¿cuáles fueron las causas profundas y verdaderas de aquella derrota del campo nacional y popular? (Y de la actual también). Ello es necesario para

reconstruir la memoria histórica en forma integral y completa desde el punto de vista del movimiento obrero, de todos los sectores nacionales y del pensamiento nacional.

Digamos solamente para aportar a ese debate, que en 1975/1976 el *bloque nacional* no contaba con el Ejército (como en 1945), entregado en este momento a las preparaciones como cómplice del golpe oligárquico del 24 de marzo, aunque tampoco contaba con una parte de la *clase media*, obnubilada por la solución “foquista”, a espaldas del pueblo argentino y aislada de las masas trabajadoras y del pueblo en general. Saber eso es parte de la necesaria *memoria, verdad y justicia* que el pueblo argentino se merece.

El ir y venir de las balas terroristas de derecha e izquierda, cuestionando y debilitando aún más el gobierno peronista - vacilante ante la desaparición física de su conductor-, habían retraído a las masas populares, otrora activas y determinantes en las grandes victorias de octubre de 1945 y de mayo de 1969.

Así también, después de las grandes movilizaciones obreras del 27 de junio y del 7 y 8 de julio de 1975 conducidas por Casildo Herrera y Lorenzo Miguel, que expulsaron al brujo López Rega del gobierno popular y lograron la homologación histórica de los Convenios Colectivos de Trabajo, no hubo más manifestaciones masivas para defender al gobierno y detener el golpe de Estado que se venía. Tal era el clima de terror que se respiraba, que arrinconó al gobierno nacional y popular en su debilidad y contradicciones y neutralizó cualquier atisbo de defensa legítima.

Sin duda, el golpe de Estado de 1976, más allá de las “ilusiones” o fantasías” funestas que suscitó entre los enemigos del peronismo de todo signo, no era para favorecer los Intereses Nacionales, la Democracia, los Derechos Humanos, ni los intereses políticos, económicos, sociales ni culturales del pueblo argentino. Se equivocaron una vez más los “partidos” y “las juventudes políticas” que apostaron al golpe o no se opusieron a él por las razones que fueran. Después se rasgarían hipócritamente las vestiduras por los crímenes de la dictadura, cuando ya era tarde.

Tal vez en el siglo XXI, el Movimiento Nacional deba apelar a sus pivotes históricos fundamentales -el Movimiento Obrero, el Ejército y esta vez, además, a los Movimientos Sociales (fruto de

muchos años de desocupación) y a la Clase Media, contando con la bendición de la Iglesia popular y latinoamericana del Papa Francisco- esta vez con la conciencia de la acuciante necesidad de ser Nación y no Colonia, para reanudar aquella *revolución nacional inconclusa* iniciada el 17 de octubre de 1945 y ratificada el 29 de mayo de 1969, todavía pendiente de conclusión.

El derecho a la civilización que los países desarrollados del mundo alcanzaron, se lo niegan a los países “periféricos” (marginados) de cuatro continentes. Aunque hay indicios auspiciosos de un nuevo *mundo multipolar* que está amaneciendo, más justo y equilibrado que el actual mundo arbitrario y decadente que soportamos. Hay que animarse y apurarse a alcanzarlo para no perder una vez más el tren de la historia

La Argentina, integrada a América Latina –“*unidos o dominados*”-, debe prepararse para ingresar a una nueva etapa de su vida, con la misma fuerza que lo haría aquella generación obrera y popular del *17 de octubre* y del *Cordobazo*, con las banderas de la *revolución nacional* en alto.

Por eso necesitamos, hoy más que nunca, el espíritu de dirigentes combativos, representativos y lúcidos como Augusto Vandor, como Elpidio Torres, como Atilio López, como José Ignacio Rucci, como Lorenzo Miguel, como Saúl Ubaldini, como Hugo Moyano, que dieron cada cual lo mejor de sí representando a los trabajadores y al pueblo argentino en sus mejores años de lucha.

La patria nos viene demandando, con retraso de nuestra parte, esas luchas y esa clase de dirigentes obreros y populares para enfrentar y superar rápidamente los tiempos horrorosos que padecemos, en el devenir de una historia trágica que no parece tener fin y que hace falta enmendar y encauzar definitivamente de una vez por todas.

Elio Noé Salcedo